

señores de los castillos y recibían el dinero necesario con una simple cédula.» El príncipe tenía en los mejores tiempos un producto líquido de más de 100,000 piezas de oro anuales y en sus soberbios castillos una corte tan brillante y de un gusto tan exquisito, que gozaba de la fama más encumbrada entre los caballeros de Occidente, por lo cual el país de Acaya fué llamado «el placer de los latinos.»

De iguales ventajas que las del Peloponeso disfrutaban Atenas y Tebas, el inmediato territorio colonial de Venecia y las islas de los príncipes venecianos, principalmente las de los duques de Naxos, de la familia de los Sanudos. Una nueva Francia se levantó en la patria de Licurgo y de Solon; una nueva Italia se extendió de isla á isla. El vigor de los occidentales se creó allí una segunda patria deliciosa, hermosea por todos los placeres de un cielo meridional (1).

Pero este resultado de la cuarta cruzada estuvo también aquí expuesto á serios peligros por el mismo tiempo en que fué destruido el imperio latino, pues también hubo discordias producto de la envidia y ambición, como entre los magnates francos.

El príncipe Guillermo de Acaya tomó, á mediados del año 1250, la funesta resolución de apoderarse, fundado en la sombra de un derecho hereditario, de una parte de la rica isla de Negroponto (Eubea), en la cual se habían establecido desde el 1205 varios nobles veroneses, principalmente miembros de la familia *Dalle Carveri*. Al lado de ellos se había extendido poco á poco Venecia y aspiraba sin cesar á someter para sí aquella isla tan grande, tan bien situada, para de este modo aumentar su dominación. Así se comprende que las intenciones del príncipe Guillermo tenían que producir funestas discordias. Para rechazar el ataque del Peloponeso contra la isla de Eubea reunió Venecia en torno suyo la mayor parte de los pequeños señores francos, entre ellos Guido de la Roche, el gran señor de Atenas. Guillermo emprendió, sin embargo, la guerra, con la cual causó grandes pérdidas en todas partes, sin alterar esencialmente la repartición del territorio, según había estado. No mucho después se alió Guillermo con los epirotas contra el emperador Miguel VIII, y fué hecho prisionero por los bizantinos en aquella derrota sangrienta cerca de Pelagonia. Para recobrar su libertad tuvo que ceder al emperador en el año 1262 las plazas y ciudades de Monembasia, Misitra y Gran-Maina, que dominaban el SE. del Peloponeso, y ya desde entonces quedó introducida una peligrosísima cuña de territorio griego en el centro de aquellos dominios franco-venecianos.

#### FIN DE LA DOMINACION LATINA EN GRECIA

En el sexto y séptimo decenio del siglo XIII tuvo la lucha entre griegos y latinos un carácter relativamente grandioso. Importantes príncipes estaban á la cabeza de ambos partidos: de un lado el victorioso emperador Miguel, de otro el activo Guillermo de Acaya, el último Villehardouin, y sobre todo Carlos de Anjou, el vencedor de los príncipes de la casa imperial de Suabia, que había casado á su hijo Felipe con Isabel, hija de Guillermo. La agrupación de los pequeños Estados que se enredaron en las discordias de los jefes principales era muy heterogénea. Carlos y Guillermo estaban en alianza con los príncipes epirotas, los cuales procuraron defender su independencia contra el emperador. Miguel era generalmente favorable á los genoveses, para con los cuales

(1) En aquel tiempo recibió el Peloponeso el nombre de Morea. Entre las diferentes explicaciones á que ha dado origen, es sin duda exacta la que le hace derivar simplemente de la trasposición de las consonantes en boca de los francos: *Moras* ó *Moraías*, por *Romaia*, *Romea*, país de los Romeos, ó sea de los griegos.

cumplió la promesa que les había hecho antes de la toma de Constantinopla, y que entonces, á pesar de errores ocasionales, fueron la principal potencia comercial del Bósforo y de los territorios griegos pertenecientes al imperio. Con lentitud, pero también con seguridad, sacó Miguel gran partido de las circunstancias, ora porque el sentimiento nacional de los griegos, fortalecido bajo el peso de la dominación latina ó sea de extranjeros, le aseguró un apoyo poderoso, ora porque él mismo obró con superior discreción y habilidad ganando al Papa por algún tiempo, mediante la esperanza de unión de la Iglesia griega con la latina.

En marzo de 1282 estallaron las «Visperas Sicilianas.» Se pierde Sicilia para los de Anjou y se somete á los aragoneses, herederos de los príncipes de Suabia y amigos de los Paleólogos. Pero el emperador no puede sacar partido de este cambio tan favorable de los sucesos, porque muere en el mismo año; y como Guillermo Villehardouin le había precedido poco antes en la muerte y Carlos de Anjou le siguió poco después (1285), aparecen casi simultáneamente hombres nuevos en todos los teatros de la guerra greco-latina. La marcha de los sucesos toma un carácter enteramente distinto bajo su actividad. El hijo y sucesor de Miguel, Andrónico II (1282-1328) se apoya aun más decididamente que su padre en el sentimiento nacional del pueblo griego, adoptando con fanatismo la hostilidad de sus compatriotas contra la organización de la Iglesia romana sin conceder al asunto de la unión religiosa, ni siquiera favores aparentes; pero nada ganó de este modo en orden á su situación para con los occidentales, pues era además caprichoso, terco, sin aficiones para la guerra, avaro unas veces, otras pródigo, y siempre inoportuno. Verdad es que al trastorno de la hacienda había abierto ya ancha puerta Miguel VIII, el cual, para hacer olvidar la usurpación de la corona, no solamente había colmado á los grandes del imperio de regalos sacados del tesoro de sus predecesores económicos, sino que tuvo buen cuidado de hacer brillar el esplendor de la capital reconquistada. Aquí está el origen de los antiguos defectos de la administración bizantina, el empobrecimiento de las provincias en favor de la capital, la centralización de la vida pública y la corrupción de las altas clases de la sociedad. En tiempo de Andrónico II se aumentaron todos estos males, pero también por no tener afición al arte de la guerra vino muy pronto la decadencia del ejército y de la marina y, por consiguiente, la falta absoluta de defensa en su imperio.

Los francos, sin embargo, no podían aprovecharse de esta circunstancia, porque las fuerzas de los Anjovinos estaban quebrantadas para mucho tiempo á causa de la pérdida de Sicilia, y porque no se levantó tampoco en el Peloponeso un vigoroso gobierno después de la muerte de los Villehardouins. Así como el imperio se abismó en su debilidad senil, del mismo modo se debilitó también la organización en los Estados de la Francia griega; las discordias y las violencias cambiaron en poco tiempo el Peloponeso en país clásico de la anarquía feudal.

Como por un relámpago en noche oscura, así se iluminó de pronto este triste estado de cosas por medio de una horrible catástrofe á principios del siglo XIV. Los de Anjou hicieron la paz en 1302 con los aragoneses, cediéndoles la Sicilia. Las mejores tropas mercenarias de los aragoneses, la llamada «gran compañía catalana,» estaban sin ocupación en Sicilia y correspondieron, por lo tanto, con gusto á la invitación del emperador Andrónico de encargarse de librar en adelante sus batallas. Pero poco tiempo después, se separaron los catalanes de los bizantinos, por culpa de estos últimos, y á pesar de no contar más de unos pocos miles, llegaron á ser el azote invencible de todo el territorio greco-franco,

desde Constantinopla hasta Corinto. Devastaron por años enteros la Tracia, la Macedonia y la Tesalia; acabaron con la nobleza orgullosa de la Grecia latina en la sangrienta batalla, dada á orillas del Cefiso (15 de marzo de 1311), y se establecieron al fin de una manera permanente en Atica (1).

Mientras tanto, se preparaba aquella horrible catástrofe en la cual habían de sucumbir todos los cristianos sobre el suelo bizantino, griegos y latinos, franceses é italianos; pues desde el tercer decenio del siglo XIII nuevas hordas turcomanas, cediendo á los mogoles del interior y O. de Asia, habían sido recibidas en el territorio de Iconio por los seldyucidas descendientes de la misma raza y se establecieron en la frontera bizantina en los alrededores de Dorilea. Cuando su número fué aumentando y ellos comprendieron la importancia de su vigor lozano, se colocaron independientes entre los seldyucidas y bizantinos, y llegaron á ser en tiempos del emperador Andrónico, y bajo su jefe Osman, el enemigo más peligroso de los griegos del Asia Menor. Su procedimiento de hacer á los países que iban á conquistar incapaces de resistencia por frecuentes invasiones devastadoras y sin piedad, recordó los sufrimientos más acerbos que los bizantinos habían recibido de los seldyucidas en el siglo XI. Su valor podía igualarse con el de los cristianos, al paso que su disciplina y obediencia á sus superiores aventajaban mucho á los griegos y á los latinos.

Este nuevo poder de los turco-osmanes tuvo una ocasión de extenderse tanto más propicia cuanto que la cristiandad continuó despedazándose á sí misma. El imperio bizantino sufrió grandemente bajo las discordias dinásticas; los latinos, principalmente los genoveses y venecianos, se combatieron mutuamente con ciego furor, y los serbios conquistaron todo el territorio del mar Egeo cuando los búlgaros desaparecieron de la escena. Después pasaron los osmanes el Helesponto, se establecieron sólidamente en la península de los Balcanes, destruyeron el poder de los serbios, tomaron á Constantinopla y se apoderaron de los pequeños Estados de los latinos. Solo Venecia conservó todavía por largos años su dominio sobre una parte de las islas; pero la suerte que el emperador Alejo I, el fundador del poder de los Comnenos, había previsto y tratado de evitar á su imperio, se cumplió entonces de una manera definitiva y terrible.

## CAPITULO IX

### QUINTA CRUZADA (2)

#### SIRIA DESDE 1205

Los cristiano-sirios, á los que volvemos de nuevo, vivían en una situación muy lamentable en los primeros años que

(1) Nuestro historiador Moncada ha referido las hazañas de estos guerreros en su obra *Expedición de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos* (1655). Roger de Flor, que había tomado parte en la defensa de Acre, cuando esta ciudad en 1291 cayó en poder de los musulmanes, recorrió los mares con una pequeña escuadra, y pasó después al servicio de Andrónico, mandando los tercios de Aragón y Cataluña. Puesto al frente de 2,000 catalanes, derrotó en un encuentro al ejército turco. El emperador le dió el título de César y le casó con su hermana; pero poco después, celoso de su influencia y de su valer, le hizo asesinar (1306). Tenía entonces Roger 44 años. Sus oficiales indignados ante esta traición, juraron vengarle. Berenguer de Entenza primero, y después de muerto este, Berenguer de Rocafort, Ramon Muntaner y otros varios jefes, puestos al frente de la expedición catalana-aragonesa, se volvieron contra los griegos, asolaron el país y por último fundaron en el Atica el ducado de Atenas que duró todavía largos años. (N. del T.)

(2) Wilken, «Historia de las Cruzadas,» t. II etc. Winkelmann, «Historia del emperador Federico II y de su reinado,» Berlin 1863. Schirmacher, «El emperador Federico II,» 4 ts., Göttinga 1859-1865. Röhrich, «La cruzada de los niños,» en la Revista histórica de Sybel,

siguieron á la conquista de Constantinopla por los latinos. Entre Leon de Armenia y Boemundo de Antioquia continuaban las antiguas discordias. Una vez se apoderó el rey, con ayuda de sus partidarios antioqueños, de la capital del príncipe, pero al cabo de pocos meses este volvió á ganarla, vengándose cruelmente de sus súbditos desleales y estimulando á los musulmanes de Alepo á la guerra contra los armenios. Entre tanto murió en San Juan de Acre el 1.º de abril de 1205 el rey Amalrico. El resto del reino de Jerusalen tocó en suerte á su hijastra María Yolanda, que descendía del matrimonio de su esposa Isabel con el marqués de Monferrato, mientras que su hijo Hugo, habido en su primer matrimonio con una noble señora de Jerusalen, heredó la isla de Chipre. María, como Hugo, eran todavía de menor edad, por cuyo motivo se estableció un gobierno tutelar en ambos pequeños Estados. Buscaron en seguida un esposo para la joven reina de Jerusalen y recayó la elección en el conde Juan de Brienne, hombre ya conocido entonces por su valor militar, cuyo fin, como regente de Constantinopla, hemos referido en el capítulo anterior. En setiembre de 1210 llegó Juan á Siria subvencionado por el Papa, al frente de un pequeño ejército de cruzados, y se casó en seguida con María; pero su poder era insignificante para que pudiera por sí solo intentar seriamente la reconquista de Jerusalen, y así es que se vió obligado á vivir en paz con los musulmanes, esperando que una nueva cruzada le llevara tal vez socorros suficientes. De esta paz sacaron finalmente mucha menor ventaja los cristianos que sus adversarios, pues cuanto más tiempo duraba el armisticio tanto más firme fundaba su poder en el Asia y en el Egipto el sultan Almelik Aladil, y tanto más inverosímil era que los cruzados pudieran arrancar á los musulmanes un considerable territorio. Esto, lo había ya comprendido perfectamente el sagaz sultan y por eso trabajó sin cesar en favor de la conservación de la paz. De vez en cuando estalló la lucha entre ambos partidos; pero las negociaciones lograron restablecer el armisticio después de corta interrupción. Aladil también consiguió hacer alianza con una de las potencias cristianas de Europa, es decir, con la república de Venecia, pues los astutos habitantes de la ciudad de las lagunas le habían hecho comprender, después de la toma de Constantinopla, cuánto debía agradecerles que gracias á ellos no se hubiera dirigido la cuarta cruzada contra el Egipto, según se había propuesto al principio. Después de esto les concedió el sultan por los años 1208 un tratado de comercio que prestó las mayores ventajas á sus relaciones comerciales con Alejandría y todos los puntos del valle del Nilo (3).

En tales circunstancias se veían los Estados sirios de los cruzados entregados sin salvación á una lenta ruina, si un levantamiento poderoso del Occidente no cambiaba radicalmente en su favor el equilibrio de los poderes del Norte de Asia; pero ¿de dónde había de venir tal movimiento? Italia estaba dividida por las muchas guerras; Alemania se desangraba por las muchas heridas causadas en la lucha sin fin entre los suabos y los güelfos; la Francia meridional, en otro tiempo territorio el más fiel de la Iglesia romana, estaba devastada por la horrible guerra contra los herejes albigenes, y la corona francesa se hallaba también entonces en lucha secular con el rey de Inglaterra.

t. 36, 1876. Röhrich, «El movimiento de cruzada en el año 1217» en los Estudios indagatorios para la historia alemana, 1876. Röhrich, «El sitio de Damietta» en el compendio histórico de Raumez, publicado por Riehl, 1876. Röhrich, «La cruzada del emperador Federico II» en sus Apuntes para la historia de las Cruzadas, tomo I.

(3) Véase Heyd, «Historia del comercio con el Oriente en la Edad media,» I, 440 y siguientes.

Todavía vivía el papa Inocencio III, que había intentado, no solo la sujeción de los Estados occidentales a la autoridad de la Iglesia, sino también la extensión de su dominación sobre griegos y musulmanes, y especialmente la reconquista de Jerusalén. Sus frecuentes promesas de socorrer a los cristianos de Tierra Santa con envíos metálicos ó de acudir a su ayuda, todavía mejor, con espada y lanza, cayeron sobre terreno fértil porque se aumentó de un modo singular la afición a las cruzadas en muchos de los contemporáneos a consecuencia de los sucesos de los últimos años. A pesar de que había que lamentar todavía la pérdida de Jerusalén, la cristiandad romana había recibido su recompensa en el imperio griego. Al lado de los príncipes nacionales había entonces un emperador latino en Constantinopla, reyes de Tesalónica y Chipre, príncipes de Atenas, Naxos y Acaya. Centenares de caballeros que en su país habían poseído una herencia mezquina se vieron entonces en posesión de extensos dominios, é innumerables aventureros de todos estados y condiciones se hicieron con riquezas, bien ó mal adquiridas. Entonces se apoderó de las naciones del Occidente, con mas energía que antes, un vehemente deseo fantástico de ir a países lejanos. Parecía que el éxito mas lisonjero estaba asegurado a cada valiente, y con esta afición a los combates y viajes iba unido aquel fervor religioso, ya de antiguo conocido. Inocencio III era ante todo, teócrata, como Gregorio VII; pero mientras que trabajaba por levantar su dominación universal eclesiástica, se levantaron a su lado el místico Francisco de Asís y el celoso Domingo de Guzman, y fundaron, apoyados sobre el principio de la pobreza apostólica, las órdenes mendicantes de los franciscanos y dominicos, creando así nuevos ejércitos espirituales llamados a obrar sobre las masas de los pueblos por el ejemplo de su conducta, como por el fuego de su elocuencia, y a someter siempre mas y mas a todo el mundo laico a la Iglesia y a su cabeza. El deseo ardiente por la guerra santa que llenó otra vez los corazones de los cristianos, tomó en su consecuencia formas todavía mas extrañas que en la época de Pedro el Ermitaño. Los casos de convulsión religiosa se aumentaron; las profecías y visiones condujeron a la creencia de que el mismo Dios llevaba y protegía a los peregrinos de un modo milagroso; una animación extática empezó a apoderarse de una parte considerable del Occidente.

## CRUZADA DE LOS NIÑOS

En Francia y en Alemania causó esta idea una triste aberración. En junio del año 1212 se levantó en una aldea, cerca de Vendome, un pastorcito llamado Estéban que se declaró enviado de Dios y como tal investido de la misión de marchar como jefe delante de los cristianos para conquistar la Tierra Santa, prediciendo que el mar se secaría delante del ejército del Israel espiritual. Recorrió todo el país causando en todas partes el entusiasmo mas irresistible por sus discursos y milagros, que se dice obró a la vista de millares de testigos. Pronto aparecieron en muchos puntos jóvenes predicadores de la cruzada que reunían masas de las mismas ideas y las llevaban con estandartes y cruces, cantando solemnes himnos, en dirección del niño milagroso. El que preguntaba a los jóvenes ilusos a dónde querían ir, recibía por contestación que marchaban a «Dios» allende el mar. Sus padres y los prudentes consejeros sacerdotes que querían apartar a los muchachos de sus propósitos, lograban tanto menos cuanto que la gran masa del pueblo esperaba grandes cosas de esta cruzada, y censuraban acerbamente a los que pensaban de otro modo, porque no comprendían la inspiración del Espíritu Santo que había bajado sobre los niños que

parecían exclusivamente llamados por su inocencia a conquistar el Santo Sepulcro, perdido por los pecados de sus antepasados. Al fin procuró el rey de Francia poner límites al escándalo, mandando seriamente a los jóvenes que volviesen a sus hogares. Se dice que una parte obedeció esta orden, pero la gran mayoría no hizo caso, y pronto se alistaron también adultos en esta empresa fantástica; clérigos, artesanos y labradores, pero también holgazanes y criminales que tenían que huir de su patria, y finalmente, hasta mujeres y niñas. La expedición llegó a ser cada vez mas imponente: al frente de ella iba el pastorcito Estéban sobre un carruaje cubierto de tapices y rodeado de una guardia, y detrás de él unos 30,000 peregrinos y peregrinas. Cuando llegaron a Marsella, parece que dos comerciantes de esclavos se declararon dispuestos a conducir estos «soldados de Cristo» por «favor de Dios» a Siria (1). En efecto, fueron todos embarcados en siete buques, de los cuales dos se fueron a pique cerca de la isla de San Pietro, en las costas de Cerdeña: los otros cinco fueron llevados a Egipto por los malhechores, y los peregrinos vendidos como esclavos. Dicese también que millares de ellos llegaron a la corte del califa y se distinguieron allá muy señaladamente por la constancia con que perseveraron en la fe cristiana, y que los dos malvados comerciantes de esclavos cayeron después en manos del emperador Federico II y fueron condenados a la horca, logrando finalmente este emperador, por la paz que concluyó en el año de 1229 con el sultan Alcamil, devolver la libertad a cierto número de aquellos peregrinos desgraciados.

El entusiasmo fantástico que se había apoderado del mundo juvenil, ejerció su influencia en Alemania, principalmente en las regiones del Bajo Rhin, donde se presentó uno que apenas contaba diez años, llamado Nicolás, acompañado de su padre, el cual, como desvergonzado comerciante de esclavos, sacó partido del pobre niño, por cuya causa acabó después en la horca como otros seductores y criminales. Nicolás se presentó con su carroza, sobre la cual llevaba una cruz en forma de T latina, y delante de él fué su padre anunciando que pasaría el mar a pié seco, y que levantaría en Jerusalén un imperio eterno de paz. Allí donde se presentaba atraía irresistiblemente a los niños. Unos 20,000 niños y niñas, además de la gente perdida, se llegaron a reunir y marcharon hacia el S. por los Alpes. En el camino perecieron muchos, ya de hambre, ya porque cayeron en poder de los bandidos, y otros se volvieron a casa aterrorizados por las fatigas de la marcha; sin embargo, muchos llegaron a Génova el 25 de agosto; pero fueron rechazados bruscamente y obligados a continuar en seguida su viaje, porque los genoveses temían algun peligro para su ciudad de aquel extraño ejército de peregrinos. Después continuaron hasta Brindis, donde, gracias a la energía del obispo, no les fué permitido emprender el viaje marítimo hacia Oriente, y entonces no les quedó mas recurso que el de volver a su patria. Una parte de los niños se dirigió a Roma para implorar del papa Inocencio les desligase de su voto para hacer la cruzada; pero el papa no accedió a sus ruegos a pesar de haberles mandado ya antes que desistiesen de su loca empresa; antes bien les concedió un intervalo para emprender una nueva cruzada, en la época de su edad adulta. Centenares cayeron desfallecidos durante el viaje y perecieron miserablemente en las carreteras. Todavía cupo peor suerte, como era natural, a las niñas, las cuales, además de las privaciones,

(1) Winkelmann (Historia del emperador Federico II, pág. 221 y siguientes) cree que la triste relación sobre la suerte de los niños franceses es apócrifa. Röhrich (La cruzada de los niños, Revista histórica t. 36, pág. 5 y siguientes) la admite en su parte esencial con nuevos motivos.

estaban expuestas a ser seducidas y violadas. Algunas lograron sin embargo hallar protección entre las familias caritativas y ganaron su vida con el trabajo de sus manos.

Génova tiene, según se asegura, algunas familias patricias descendientes de los niños alemanes que allí se quedaron; pero la mayor parte sucumbió de la manera mas lamentable, y tan solo muy pequeños restos de aquella multitud volvieron a ver su patria, enfermos y enflaquecidos, escarnecidos y deshonrados. El niño Nicolás quedó, según se dice, con vida, y peleó después en el año 1219 delante de Damietta (en Egipto).

## EL PAPA INOCENCIO III Y EL PAPA HONORIO III

La Cruzada de los niños nos recuerda, según se ha dicho muy bien, el cuento del cazador de ratas de Hameln, el cual en el año 1284 se llevó tras sí con poder mágico centenares de niños, y encerrándolos en una montaña en el interior de la tierra, no se les volvió a ver sino en la Transilvania, en el «camino de Carlo-Magno (1)». Pero los contemporáneos de esta peregrinación, a pesar de comprender su inutilidad, estaban sin embargo profundamente conmovidos del espíritu que animó a tantos jóvenes visionarios. Se cuenta que el papa Inocencio exclamó: «Esos niños nos llenan de vergüenza; pues mientras que nosotros dormimos, salen ellos alegres para conquistar la Tierra Santa.» Y por cierto que el Papa se preparó a alcanzar la libertad definitiva de Jerusalén, apelando de tal manera a todas las fuerzas, que sus enérgicas exhortaciones tienen cierta semejanza con el ciego impulso de los niños.

En la primavera del año 1213 exhortó a todos los cristianos a la lucha contra el islamismo, y envió a todos los países distinguidos legados y humildes frailes, a reclutar soldados para la guerra santa. Dispuso además que se hicieran rogativas todos los días en las iglesias, y todos los meses solemnes procesiones para implorar de Dios que concediese a los suyos la victoria sobre los infieles. También exhortó a los que se habían obligado a hacer la guerra contra los albigenses a que tomasen con preferencia las armas contra los musulmanes, por ser esto de un mérito incomparablemente mayor. Mandó a los predicadores que admitiesen a todos los que se presentasen a hacer el voto de la cruzada, sin pararse a examinar si eran dignos de tomar parte en la expedición, y permitió expresamente que se concediese la señal de la cruz hasta a los criminales, si la solicitaban verdaderamente contritos. El resultado de este procedimiento fué por de pronto muy grande. En todas las iglesias resonó el eco de las oraciones prescritas. En las ciudades y en las aldeas, en los puentes y en las calles, predicaron los enviados del Papa la guerra santa. Sin cesar obró por todas partes la desdicha de Jerusalén sobre los corazones de los cristianos occidentales, y encendió su ánimo, ya muy inflamado, el fervor mas ardiente. Inocencio había derribado las últimas barreras que se oponían al entusiasmo mas pronunciado, permitiendo la toma de la cruz a los inútiles y a los criminales. Se asegura, a lo menos de uno de sus legados, del cardenal Roberto, enviado a Francia, que adornó con la cruz a cojos y ciegos, ancianos y niños, mujeres y gente depravada. Pero no sola-

(1) Refieren antiguas crónicas que en Hameln, población de Hanover, a la orilla izquierda del Weser, molestaba a los habitantes una innumerable multitud de ratas. El municipio ofreció un premio a quien las destruyera; y presentándose un forastero pronunció ciertas palabras mágicas, en virtud de las cuales salieron todas las ratas, le siguieron y él las hizo arrojar al río. El pueblo clamó que era brujo y no quiso pagarle, y otro día aquel hombre con sus sortilegios se llevó todos los niños y los devolvió en Transilvania después de cobrar. (N. del T.)

mente en Francia hicieron el voto de la cruzada grandes masas, sino también en Italia, Inglaterra, y principalmente en Alemania, donde Oliverio de Xanten, escolástico de Colonia, dió la cruz a innumerables turbas de la población del Bajo Rhin. El que no prometía tomar parte personalmente en la peregrinación, procuraba ayudar a la causa comun con ofrendas en dinero. El pobre depositaba su limosna en los cepillos que se hallaban en todas las iglesias; el rico fijaba mayores cantidades para el sustento de los guerreros de Tierra Santa, y el rey Felipe Augusto de Francia concedió la cuadragésima parte de sus rentas de un año. Prodigios y milagros no faltaban tampoco entonces, tanto menos, cuanto que Inocencio había anunciado que el reinado del pseudo-profeta Mahoma se acercaba a su fin, porque habían pasado ya casi 600 años de los 666 que según el Apocalipsis de San Juan había concedido Dios a este monstruo.

El movimiento inmenso que se había apoderado de una gran parte de Europa fué aumentando extraordinariamente por el éxito de las batallas mas importantes de aquel tiempo. En setiembre de 1213 sufrieron los albigenses cerca de Muret una derrota horriblemente sangrienta, y en julio de 1214 se desplomó en precipitada ruina el imperio del güelfo Oton IV cerca de Buvinas. Ambos sucesos reportaron grandes ventajas a la Iglesia. El poder amenazador de los herejes quedó humillado profundamente, y el joven Federico II de la casa de Suabia, a quien Inocencio había protegido contra el altanero jefe de los güelfos, gobernó desde entonces el imperio alemán como rey casi universalmente reconocido. Los príncipes y las naciones de la cristiandad se doblegaron ante el enérgico Papa y sus ideales teocráticos parecían acercarse a la realización en todas partes. Dos reyes, Juan de Inglaterra y Pedro de Aragón, habían ya declarado sus países como feudos eclesiásticos; Juan y el rey Andrés de Hungría habían tomado ya la cruz; y el 25 de julio de 1215 pronunció también el rey Federico II el voto de la cruzada en Aquisgran con todo el fuego del entusiasmo juvenil, y exhortando a los grandes de su imperio a que imitasen su ejemplo. Su palabra causó una impresión irresistible, tanto mas, cuanto que los predicadores de la cruzada aprovechándose de la ocasión propicia, exhortaban a la guerra santa con vehementes discursos. Como en la «asamblea de Cristo», que en otro tiempo reunió Federico I en Maguncia, juraron millares de nobles de la nación marchar a Tierra Santa; obispos, príncipes y condes empuñaron la espada en defensa del Salvador.

Pero Inocencio no estaba contento con todo esto. Había anunciado en el año 1213 un concilio general de la Iglesia cristiana que se celebraría en Roma en noviembre de 1215, y esperaba hacer de la cruzada en este concilio el asunto mas importante de toda la cristiandad. Para el tiempo señalado se reunieron unos setenta patriarcas y arzobispos, entre ellos los patriarcas de Constantinopla y Jerusalén, mas de cuatrocientos obispos, mas de ochocientos abades y priores, y los embajadores de los príncipes legos, desde los de Inglaterra y Francia hasta los de Chipre y Jerusalén. Todavía no se había celebrado el concilio y «ya parecía que el universo estaba en él contenido.» En esta brillante asamblea fué aprobada la destitución de Oton IV y reconocida la elección de Federico II; además se dieron algunos decretos contra los herejes y se tomaron acuerdos para el restablecimiento de la disciplina eclesiástica. Se dispuso en lo relativo a la cruzada que todos los peregrinos, ya fuesen por mar ya por tierra a Siria, salieran para el 1.º de junio de 1217; los que fueran por mar saldrían juntos de los puertos de Mesina y de Brindis. Todo el que favoreciera la peregrinación de cualquier modo que fuese, recibiría abundantes indulgencias, y el que a ella se opusiese sería castigado con la excomunión y